**Domingo 32º del T.O. Ciclo C (10.11.2019): Lucas 20,27-38**

**‘La vida aquí es lo importante’.** Lo medito y escribo CONTIGO:

Estamos ante el tercer domingo antes de la finalización del año eclesial dedicado a la lectura y comprensión del Evangelio de Lucas, en el Ciclo C. Y ya recordé hace una semana que no nos iba a dar tiempo a poder leer completa esta Buena Noticia. Las autoridades de la liturgia católica son conscientes de esta reiterada injusticia con el Evangelio de Lucas. Después de haber leído el domingo pasado Lc 19,1-10 no es ni normal ni lógico leer ahora **Lc 20,27-38**.

Durante muchos domingos hemos ido acompañando el Camino del Jesús de Nazaret de Lucas que partió con sus seguidores desde Galilea con la pretensión de llegar a Jerusalén y entrar en el Templo de la capital de Israel. Recuerdo esto porque en ningún domingo anterior se nos ha contado en la Iglesia que este Jesús de Lucas llegó a Jerusalén y entró en el Templo. Si se nos suprime a las gentes del pueblo este contexto literario, teológico e histórico, ¿llegaremos a comprender el relato que se nos propone para esta semana? Lo más probable es que no.

*“En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: Maestro, Moisés nos dejó escrito”* (Lc 20,27). Si se está atento escucharemos estas palabras al comienzo de la proclamación del Evangelio dentro de la celebración del domingo.

¿No hay otro contexto más preciso que ‘en aquel tiempo’? Lo hay, pero ¿quiénes de los oyentes de la Palabra caerán en la cuenta de que este diálogo de los ‘saduceos’ con Jesús de Nazaret tiene lugar en el Templo de Jerusalén, donde el Evangelista nos ha situado a su Jesús que enseña y enseña? Si se desea no desafinar en la comprensión del mensaje se deberá leer, al menos, el relato que comienza en Lucas 20,1 y que finaliza en Lc 21,38.

Esta espléndida narración del tercer Evangelio jamás se proclama completa en la liturgia. A esta manera de proceder con la Palabra que dicen ‘de Dios’ la llamo ‘Maltratar el Evangelio ’.

Como decía, este Jesús de Lucas está evangelizando en el Templo de Jerusalén, como ya hizo a los doce años cuando estrenaba su identidad de adulto judío (Lc 2,41-52). Las gentes saduceas de ahí se atreven a interrogar a Jesús sobre un asunto que puede llegar a suceder en la llamada ‘vida en el más allá’ en la que ellas mismas no creen. No creen por la sencilla razón de que en la Ley de Moisés jamás se menciona la existencia de esa vida en el más allá. ¿Pensaban así poner una trampa al evangelizador Jesús? ¡Pobre y vacía de sentido esta ‘trampa saducea’!

El narrador Lucas deja escrito explícitamente desde el comienzo que estas gentes saduceas sostienen que ‘no hay vida después del más acá’ (Lc 20,27). Y hay que saber que en aquellos tiempos del siglo primero el Templo de Jerusalén estaba en manos de autoridades con mentalidad saducea. Buena parte de la Asamblea del Sanedrín judío ‘pensaba en saduceo’.

Esta realidad la conocen tanto Jesús, como sus seguidores, el pueblo y la autoridad romana que controla todo el vivir de aquel complicado Israel sometido a Roma. Qué pasará en ‘el más allá’ importa poco. Jesús habló bien (Lc 20,39): **La vida aquí y de los vivos es lo que sí importa**.

**Domingo 50º de Mateo (10.11.2019): Mateo 27,39-66.**

***“Todo cuanto deseas que te hagan, házselo a los demás”* (Mateo 7,12)**

Muerto y Sepultado, según nos lo ha escrito este narrador Mateo en su relato de **27,39-66.** Aquí acaba la narración de la muerte y sepultura de aquel hombre llamado Jesús de Nazaret en quien, según este biógrafo y a su manera, se fueron haciendo realidad los sueños de los profetas del pueblo de Israel. Por esta razón podría decirse que para Mateo su Jesús es ‘el profeta’. Así se lo pareció también, entre otras muchas personas y de todas las épocas, a aquel narrador tan conocido, llamado Kalil Gibrán.

La secuencia de estos últimos hechos vividos por Jesús, según el relato de Mateo, incluye el desfile ante el crucificado de quienes pasaban por aquel lugar. ¿De verdad pudo haber ‘una pasarela’ ante aquel hombre clavado a un madero y fuera de las murallas de la ciudad? El texto de este **Mateo 27,39-44** me suena a composición literaria y teológica por parte del Evangelista. Los datos parecen verosímiles, pero si se meditan despacio suenan a composición oportuna.

**Mateo 27,45-56** es la narración explícita de la muerte de Jesús. El escenario y todo cuanto acontece en él me suena magnífico y hasta matemáticamente preciso: *“Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre la tierra... Jesús gritó... los oyentes se decían que llamaba a Elías”*. ¿Quién acertó a ver en una contemplación simultánea la muerte de este hombre que estaba coincidiendo con lo que acontecía en el Templo de Jerusalén situado dentro de las murallas de Jerusalén, bien protegido e invisibilizado?

Y me sorprende de manera muy particular o peculiar otro par de datos que tienen las señas de identidad de un reportero o cronista profesional. Al grito último del ajusticiado se le une la confesión de fe del guardián del orden que lo era el centurión de Roma y el terremoto con el que la tierra se sacudió su propio dolor insoportable. Al griterío del dolor le sucede el silencio de la muerte y de sus muertos. Cuando todo se acaba, ¿se acaba todo?

Parece ser que no, porque allí mismo, constata este singular reportero de la actualidad, están y permanecen muchas mujeres. ¿Mujeres lejanas, alejadas, calladas? ¿Mujeres vivas, despiertas, acogedoras, com-pro-metidas? Si estuvieron en aquel escenario de la muerte de Jesús, ¿no hablaron después y permanentemente para que la buena noticia del galileo siguiera viva? Sí y entiendo con Mateo que fueron ‘estas muchas mujeres’ quienes iniciaron su resurrección.

El silencio sellado se relata en **Mateo 27,37-66**. Este silencio sellado se llama sepultura (vv 37-61) y custodia de esa sepultura (vv 62-66). ¿Por qué se le trata así al muerto Jesús? ¿Qué aconteció con él en la vida para seguir siendo tan peligroso después, muerto y sepultado? Me voy a quedar ahora con la presencia de una mujer, María Magdalena, por un lado. Y por el otro, con los sumos sacerdotes y su autoridad que creen proteger el actuar de su Yavé Dios.

Leo, medito, me callo. Oigo así el rumor de la vida, dentro, porque aquella María Magdalena me está enseñando a resucitar a su Jesús, el profeta, que nunca muere mientas da vida a mis adentros. Y en cambio, ¿no voy percibiendo con serenidad contenida que aquella suma autoridad de la Religión judía se va quedando sepultada en el silencio vacío de aquella tumba?